

Valter Hugo Mãe

Dios en la oscuridad

Traducción de Juan Ramón Santos



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Deus na Escuridão
Porto Editora, 2024

Primera edición: septiembre de 2026

©Valter Hugo Mãe, 2026

© Cubierta: Alburquerque Mendes

© De la traducción: Juan Ramón Santos

Edición © La Umría y la Solana, 2025
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

ISBN: 979-13-991733-3-8

Depósito legal: M-24055-2026

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño: Raúl Areces

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente Prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Índice

El nacimiento de Pouquinho	15
El niño sin orígenes	17
La tierra vertical	29
Mi madre va a educar a este dinero	39
Practicar la tozudez	55
La niña en la botella	67
Las Repetidas	77
Íbamos fuera de la infancia	83
Saber más que treinta ballenas o cien lobos	91
La pitanga como sagrado corazón	99
 El evangelio según los que sufren	 111
Dios en la oscuridad	113
Los Poucos	119
Los que laboran	131
Aparecían	145
El mar al pasar cuando tropieza	157
El futuro es una riqueza universal	169
Dios cometió ese amor por mí	175

Hermano Felicísimo	189
Mil años sin nadie	191
El cuerpo de Cristo	203
Camino a casa	207
Nota de autor	217

para la señora Luísa Reis Abreu, la señora Luisinha do Guerra
para Antónia Rodrigues Alves, mi madre

*Os que falam de mim dizem que sou pobre
Existo à maneira de uma árvore
Tenho diante e atrás de mim a noite eterna
Vacilo, duvido, resvalo
E sei: a maior parte das vezes o amor nasce do erro
transcreve-se a azul ou a negro
sobre passagens, casas inacabadas, alturas remotas*

*Observá-lo apenas serve
para tornar contundente a sua forma nunca exactamente igual
a sua incrível velocidade destacada no meio do nada
enquanto a noite se desmorona
sempre mais bela”*

“Los que hablan de mí dicen que soy pobre
Existo a la manera de un árbol
Tengo delante y detrás de mí la noche eterna
Vacilo, dudo, resbalo
Y sé: la mayor parte de las veces el amor nace del error
se transcribe en azul o en negro
sobre pasajes, casas inacabadas, alturas remotas

Observarlo sirve apenas
para volver contundente su forma nunca exactamente igual
su increíble velocidad destacada en medio de la nada
mientras la noche se desmorona
siempre más bella”

José TOLENTINO MENDONÇA
Estação Central, Assírio & Alvim

PRIMERA PARTE

El nacimiento de Pouquinho Verano de 1981

PRIMER CAPÍTULO

El niño sin orígenes

Pouquinho nació sin sus orígenes. Era todo entero un niño, pero venía mordido entre las piernas como si un depredador lo hubiese ido a buscar a la barriga de nuestra madre. Lo quisieron esconder mucho de mí. El doctor Paulino se inventaba órdenes para mantener incólume mi infancia, pero el susto en sus rostros me explicaba que mi hermano nacía deforme. Quise dejarme caer sobre él como una cáscara, un caparazón, una casa, una madre, y dejarlo demostrarse. Él tal vez fuese de seguir naciendo más tarde. Podía no haber nacido por completo. Como los árboles, seguramente echaría los orígenes como un fruto cuando llegase a la adultez. Tan sólo tendríamos que esperar. Por otro lado, pensé que, si estaba tan vacío por allí, crecería hasta ser una niña. Seguramente iba a ser una niña. Había que pensarle un nombre con dos vías, dejar que madurase en esa libertad en lugar de obligarlo a cumplir lo que no podía ser cumplido. El médico decía que cuando los antiguos, en tiempos feos, las familias detenían los pulmones de esas crías con la palma de la mano en el rostro para que naciesen directamente en el Paraíso. Le decían a la gente que habían nacido con Dios. Que estaban entregados. Lo pude escuchar bien desde la cocina, anidado en mi colchón, donde me habían confinado. Y más debatían y de más matanzas hablaban, y yo sentía que se asomaban entre sus piernas y abrían la boca con espanto, tristeza y condena. Miserables como los tontos.

Las barrigas de las madres no eran para visitas mordedoras. Los depredadores con dientes no se atreverían a acercarse a ellas. Las madres son más que hierros y más que tiburones, más que cocodrilos y más que dinamitas. De todos modos, el médico aseguraba que Pouquinho sería siempre así, abreviado. No daría lugar a mucho tamaño. Hablaría fino, sufriría, como otros deformes. Con toda seguridad, triste o severamente perjudicado en su felicidad. Su normalidad sería enfermiza, cansada, hasta ponerse feo de tanto amargarse y cavar. Iba a requerir de mucho remedio y reconocimiento. De mucha ida al consultorio y, seguramente, de ingresos en el hospital.

Horas antes yo había corrido nuestra ladera abajo y luego por toda la carretera hasta Cima da Rocha en busca del médico. Con tanta urgencia, grité que lo que iba a nacer era un santo porque las crías son santas, o era mi amor por mi hermano el que se inventaba una expresión como aquella. Me habían instruido para sentir celos, para no sufrir al ser preterido. Las crías lo solicitan todo, permanecen luminiscentes en los brazos de sus madres, son cuerpos celestes incandescentes que dominan las casas. Cuando nace una cría, hay un planeta con su nombre en el que sólo habita su madre. Yo, sin embargo, estaba sobre todo solo, y la idea de que nos llegase alguien, alguien que sería de los nuestros, hecho con nuestros rostros, igualito, con nuestras narices y ojos, barbillas largas y labios finos, era de lo más increíble, como si el propio Dios nos fuese a visitar, como si nos cediese un pedazo de su cuerpo. Y eso fue lo que le grité al doctor Paulino: nuestro Serafim va a nacer. Un pedazo de Dios. El propio cuerpo de Dios que se reparte entre nosotros. En nuestra casa. Doctor, venga, por favor. Mi madre llora y no respira.

El nacimiento de una cría se negocia entre los dioses en un juego de ajedrez. Dioses, entre buenos y malos, apuestan por el alma que se inventa y estremecen el suelo. Por eso las madres sospechan que la montaña se ha movido, que la casa ha oscilado, que el propio verano puede abrir una tempestad, que el mar sube hasta los plátanos. Llega hasta los aguacateros. En el coche, explicándole al doctor lo que era la prisa de nacer, le contaba que los dioses lo estaban discutiendo todo ahora mismo. Ahora mismo. Y cualquier gesto que hiciésemos podía influir en el sentido de que ganasen los buenos o los malos. El hombre sonreía y me tranquilizaba. Nacían mil crías en la isla, todas con tendencia a tener suerte. No iba a ser nuestro Serafim el que fallase. Y si los muy pobres hubiesen sido elegidos para la desgracia. Le pregunté. Que la pobreza ya era indicio de que habíamos sido desfavorecidos en la gracia. Aunque sólo fuese por precaución, más valía que corriésemos.

Subimos por los Falhocas hasta el fondo, donde ya no se puede conducir, y echamos las piernas a las veredas para levantarnos por la ladera, Buraco da Caldeira arriba y adentro. Llevábamos dos pequeña maletas en las que había tijeras y otros cortantes que enderezaban las carnes y las suturaban. Todo allí metía miedo. Pero ningún miedo me haría flaquear. Con la levedad de mi cuerpo, acostumbrado a encaramarme hasta mi casa, seguí bastante por delante, agitando los brazos con urgencia para anunciar que llegábamos. Mi padre salió a la puerta, a la vista de nuestro precipicio, y nos gritó de inmediato que la cría había nacido. Había nacido. Había salido de la barriga de nuestra madre sumaria y toda. Había sido tan reciente que apenas faltaba cortar el cordón umbilical y tal vez otras estructuras que yo no sabía entender. Podían ser cosas cómodas para estar dentro de una barriga, cosas de un cuarto o de una casa que

se habita allí encogidamente. El doctor cortaría todo con su ciencia.

Cuando me precipité cuarto adentro, lo que vi fue susto en mi madre. Si mi hermano era un planeta del que sólo ella era ciudadana, mi hermano no tendría atmósfera, aún sería volcánico, tendría fieras sueltas que la cazarían, tal vez no tuviera sol cerca, fuese siempre noctámbulo, a oscuras, ahogado, ínfimo tal vez, donde ella no tuviera siquiera dónde sentarse. Y cómo se lo mostraba al doctor Paulino, también lo vi. Serafim no tenía sino un corte irregular. La marca de una desaparición que no había acabado su masculinidad. Se había quedado suspenso, seguramente excluido, tal vez incluso moribundo, sin destino, sin nada más. Fue lo que pregunté: vive. El doctor Paulino mandó: largo de aquí, chinijo, ve a calentar agua. Orden que sólo valía para ahuyentarme. Pero me había ahuyentado sin regreso y había comenzado hacer mis propias cuentas para, sin saberlo ni saber explicarlo, salvar la vida de mi hermano mil veces más mil veces.

*

Sin que me lo recomendasen, porque me dio la gana y en socorro, asomé la boca por el precipicio y grité a quien pudiese oírme: eeeehhhh, ya ha nacido el niño. Eeeehhhh, ya ha nacido el niño. Y por la cuesta abajo, hondo, hondo, hasta el callao, e incluso hasta el mar y mar adentro, hasta donde los peces, se hizo escuchar mi voz, y todo el vecindario empezó a subir por las veredas para felicitar a Mariinha dos Pardieiros. Algunas personas tardarían horas en llegar hasta nuestra casa de lo escarpadas que son nuestras tierras, tan absurdamente altas. Bastantes personas gritaban de vuelta vivas de alegría, tantos vivas de alegría se comenzaban a oír

por la pequeña ventana del cuarto abierta. Y mi madre lloraba ante aquella alegría, y yo pensaba que no se podía discutir sobre la matanza. Que no podíamos dejar de influir en el ajedrez de los dioses, porque sólo un Dios nos desengaña. Mi padre se asomó diciendo: Paulinho, entra. Cállate. Y yo le respondí: padre, déjeme seguir gritando. Nunca tendremos otra noticia mejor que darle al mundo. Y, para crear aún más alegría, le dije: hemos venido en coche. En el coche de verdad del médico. He visto por la ventana casas que se iban quedando atrás como si fuesen ellas las que fuesen corriendo por el arcén. Padre, nuestro Serafim irá en coche algún día, verdad, doctor. Yo pregunté. Irá hasta Funchal y, tal vez, hasta Lisboa. Iremos al país, a ver el país, verdad, padre.

A mi llamada, la primera en subir fue la señora Agostinha do Brinco, cuya casa estaba por bajo de la nuestra. Y la señora Agostinha venía por la vereda y ya preguntaba: Paulinho, es lindo tu hermano. Y yo decía, muy lindo. Es gemelo de Dios. Y ella entró en casa y había un gemido en las bocas de los adultos, confusos, sin conseguir creerse que mi hermano hubiese sido bendecido. Y yo aún más jaleo tenía que montar para que fuese bendecido. Y la señora Agostinha, incluso antes de comprender que la cría había nacido sin orígenes, siempre gentil y bondadosa, sólo decía cosas buenas y a medias. Tan lleno todo de cariño que podía ser un hechizo contra la difícil felicidad.

Como no me callaba, mi padre me llevó hasta dentro tirándome de una oreja y me hizo daño. Mi padre inmenso, hombre limpio, laborador, tan tranquilo, me tiró de la oreja y me dolió tanto que sentí que, en el ajedrez, algún dios malo había hecho una jugada importante. Y sufrí por eso. Miré a nuestro niño, envuelto en un paño oscuro, su rostro quieto, la piel encarnada, y temí tanto por él que podría haber llora-

do también. Padre, mire, va a tener la nariz, la boca, la barbilla, los labios, todo igualito a nosotros. Va a ser igualito a nosotros. No son así los hermanos, padre. Mire.

La señora Agostinha, que tantas veces me sobrevivía con una sopa cuando mis padres se iban a asuntos distantes y yo medraba esperando, se compadeció de mi aire súbitamente desolado y me preguntó: te gusta tu hermano, Paulinho. Te gusta. Y yo le dije: sí, señora Agostinha. Me gusta mucho. Es el mismísimo cuerpo de Dios. Ha venido a vivir con nosotros. Entonces la mujer me preguntó: y estás triste. Yo le dije: no. Estoy felicísimo. Y como no iba a admitir lo contrario, dije con tanta convicción que prácticamente grité: estoy felicísimo. Entonces fue cuando lloré un instante. Una rabieta de cinco segundos que jamás me iba a distraer del oficio de, de algún modo, jugar al ajedrez.

A partir de entonces yo sería conocido como el Hermano Felicísimo, Felicíssimo. Felicíssimo dos Pardieiros. Hermano de Serafim, al que, por ser abreviado, todos llamarían Pouquinho. Serafim de Pouquinho o Pouquinho dos Pardieiros. Sensible a mi llanto, mi padre me abrazó y comprendió que no tenía más ciencia que la de sufrir y esperar. No hacía falta pedirle más. Entonces dije: vamos a crecer muy iguales y a laborar como diez hombres cada uno.

La señora Luisinha do Guerra se levantó hasta nuestra casa, despacio y deslumbrante, porque sucedía que también ella estaba embarazada por entonces. Escuchábamos a la señora Luisina con devoción, porque los santos aprendían la santidad con ella. La gente lo sabía. Hasta los milagros se inspiraban en su simple normalidad. Tenía mucha higiene con Dios. Y ella trajo unas semillas y tal vez un poco de atún, algo que sería toda una fortuna para nuestra hambre. Y mi madre decía: señora Luisinha, no hacía falta.